

ORDEN DE LOS HERMANOS MENORES
CONVENTUALES

*El Señor
me dio
hermanos...*

TERCERA ETAPA 2007-2008

VIII CENTENARIO
DE LA FUNDACIÓN DE LA ORDEN
1209-2009

ORDEN DE LOS HERMANOS MENORES CONVENTUALES

*“El Señor
me dio hermanos...”*

TERCERA ETAPA 2007-2008

VIII CENTENARIO DE LA FUNDACIÓN DE LA ORDEN
1209-2009

“El Señor me dio hermanos...”

*“Y los que venían a tomar esta vida,
daban a los pobres todo lo que podían tener...
Y no queríamos tener más”*
[Test 16-17]

¡El Señor os dé la paz!

1. Queridos hermanos, con el saludo de paz abro esta Carta, que marca la tercera etapa en el camino hacia el octavo Centenario de la Fundación de la Orden (1209-2009). En las Cartas anteriores ya nos hemos referido en distintas ocasiones a la gracia de este aniversario jubilar, que nos permite repasar los orígenes de nuestra Orden y nos ayuda a volver a encontrar en nosotros *“la chispa inspiradora de la que parte nuestro seguimiento”*, que es *“sólo una respuesta de amor al amor de Dios”*¹.

En el documento programático *“Seguir a Cristo con Francisco, hoy”*² se presenta esta tercera etapa como una profundización de la reflexión sobre el tema que distingue la experiencia espiritual de Francisco de Asís: *“la fraternidad evangélica: lugar-signo de la novedad de vida en Cristo”* y, más concretamente, *“los comienzos de la vida en fraternidad y de la misión apostólica basada en el Evangelio”*³.

En estas expresiones podemos destacar dos puntos principales a partir de los que podemos empezar nuestra reflexión, y que

¹ Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica (CIVCSVA), Instrucción *Volver a empezar desde Cristo*, Roma 19 de mayo de 2002, n. 22.

² Cf. Orden de los Hermanos Menores Conventuales, *Seguir a Cristo con Francisco, hoy* – Itinerario para vivir en comunión fraterna el Centenario de los orígenes del carisma franciscano (2005-2009), Roma 2005.

³ *Ib.*, p. 16.

podemos tener como referente para el camino de la fraternidad de la Orden en este año 2007-2008.

1. la fraternidad evangélica.

2. la misión apostólica.

Antes de entrar en el meollo de nuestras reflexiones quisiera llamar la atención acerca de dos adjetivos que caracterizan la fraternidad y la misión, respectivamente: *evangélica* y *apostólica*. Ambos resumen el sentido último del seguimiento a Cristo, que nace de la escucha acogedora del Evangelio, engendrando una comunión de hermanos que se hacen “apóstoles”, es decir *enviados* a a anunciar la Palabra misma. Una fraternidad es auténticamente evangélica, o sea convocada por Jesucristo a vivir según el Evangelio, si es al mismo tiempo apostólica, es decir, capaz de anunciar.

La fraternidad evangélica:

lugar-signo de la novedad de vida en Cristo

No así vosotros

2. La *fraternitas* se desarrolló en torno a Francisco a partir de su misma experiencia personal de encuentro con Cristo y de conversión de vida, “*desde que empezó a hablar en público con una eficaz fuerza persuasiva, la situación empezó a cambiar, de modo que algunos decidieron seguir su ejemplo*”⁴.

Es ahí donde hay que volver a encontrar el sentido de la fraternidad franciscana: una relación que no reside en un ideal abstracto, sino en las relaciones mutuas de cada cual respecto a cada uno; sólo hay que recordar el relato de las fuentes biográficas relativas a la llegada de los primeros hermanos. Con la presencia de los hermanos se planteaba la necesidad de una forma de organización en la que inspirarse, y del Testamento podemos de-

⁴ R. Manselli, *San Francesco d'Assisi – Editio maior*, Cinisello Balsamo (Milán), 2002, p. 151.

ducir que *vivir según la forma del santo Evangelio* viene después del *don de los hermanos*, de modo que Francisco consulta el Evangelio con sus primeros compañeros. Para la fraternidad él no se deja guiar por la vida de los apóstoles y tampoco por la de la primera comunidad de Jerusalén, sino directamente por Jesucristo, el Hijo de Dios, por cómo él vivió y se comportó en la Tierra. De modo que la primera fraternidad franciscana se inspiró en la vida de Cristo y en el modelo evangélico. *“La pobreza, la minoridad, la contemplación y la vida de oración, tanto en la liturgia como en la oración personal sencilla y espontánea, el trabajo humilde, el testimonio y el anuncio evangélico son las coordinadas esenciales de la comunión y la capacidad significativa de la fraternidad franciscana”*⁵.

El texto evangélico que deseo proponer para nuestra reflexión es uno de los preferidos de Francisco, y forma parte de aquella Palabra que el Seráfico Padre *llevaba profundamente grabada en su memoria*⁶, y que aparece de vez en cuando en sus Escritos, como una verdadera experiencia de fraternidad:

Luca 22, 24-27

24Entre ellos hubo también un altercado sobre quién de ellos parecía ser el mayor. 25El les dijo: «Los reyes de las naciones las dominan como señores absolutos, y los que ejercen el poder sobre ellas se hacen llamar Bienhechores; 26pero no así vosotros, sino que el mayor entre vosotros sea como el más pequeño y el que gobierna como el que sirve. 27Porque, ¿quién es mayor, el que está a la mesa o el que sirve? ¿No es el que está a la mesa? Pues yo estoy en medio de vosotros como el que sirve.

En la estructura de este texto podemos resaltar tres aspectos que trazan el cuadro de la fraternidad evangélica de los apóstoles reunidos alrededor de Jesús, y que nos dan también la ocasión para reflexionar, ya que nuestras fraternidades no están exentas de la misma dinámica:

⁵ Cf. Orden de los Hermanos Menores Conventuales, *Seguir a Cristo con Francisco, hoy* – Itinerario para vivir en comunión fraterna el Centenario de los orígenes del carisma franciscano (2005-2009), Roma 2005, n. 11.

⁶ Celano, *Vida primera*, XXX, 84.

- a) *la discusión*: v. 24
- b) *la relación recuperada*: vv. 25-26
- c) *el modelo de la relación*: v. 27.

a) *La discusión: el conflicto entre hermanos.*

Estamos en el contexto de la Última Cena, cuando Jesús acaba de partir el pan de su Cuerpo, ha ofrecido el cáliz de su Sangre (Lc 22, 14-20) y ha anunciado la traición de Judas (22, 21-23). El evangelista describe estos gestos de Cristo creando un clima más bien dramático. Los discípulos parece que no advierten este dramatismo, y *discuten acerca de quién de ellos podía ser considerado el mayor*. Se repite la escena de Lc 9, 46-48, cuando Jesús anunció su pasión; también entonces los discípulos habían respondido a la dramática situación con la misma discusión: *quién de ellos sería el mayor* (9, 46).

La palabra griega para expresar *discusión* (literalmente: pelea) es la misma en ambos contextos –*philoneikia*–, y quiere decir “*amor por la victoria*”. Con ella se define el ansia de vencer, el deseo de prevalecer sobre el otro, origen de toda guerra o lucha. Se trata de afirmarse a sí mismo en perjuicio del otro. Todas las divisiones entre los hombres encuentran aquí su origen.

La *pelea* va unida al motivo de la discusión: *quién de ellos parecía ser el mayor*. El verbo “parecer” en griego tiene el sentido de *ser considerado, ser estimado*; es decir, afirmarse ante los demás. Es interesante ver que aquí también, como antes, los términos de la división que embarga a la fraternidad se deben al deseo de sobresalir sobre el otro.

b) *La relación recuperada: “no así vosotros”.*

A la *discusión* siguen las palabras de Jesús, que lee e interpreta lo que está sucediendo entre los discípulos con una sencilla y eficaz metáfora: *Los reyes de las naciones las dominan como señores absolutos, y los que ejercen el poder sobre ellas se hacen llamar Bienhechores*. *Reyes* y *bienhechores* son dos categorías sociales que ejercen funciones de mando y que establecen relaciones de sometimiento, estableciendo así distancia y diferencia. La fraternidad en la Biblia

es siempre un lugar de relaciones difíciles, porque es el ámbito donde se manifiestan alteridad y diferencias. Desde el rey hasta el esclavo, todos son hermanos; sin embargo, ambas instituciones desmienten la igualdad y el carácter confidencial de las relaciones fraternas. Volviendo a nuestro texto, la *discusión/pelea* entre los discípulos es la prueba mejor de estos juegos de poder que se dan también, a veces, en nuestras fraternidades: competencia, rivalidades, envidias, celos, egoísmos y protagonismos.

La aclaración de Jesús devuelve a los discípulos a la realidad de la relación fraterna: “*no así vosotros*”, pues la fraternidad es un don que proviene de la acogida del Evangelio y del seguimiento de Cristo. Si, además, ponemos atención al sentido de la traducción literal de este versículo, podemos captar en la afirmación de Jesús un matiz que nos lleva a una mayor comprensión: “*para vosotros no sólo no es así, sino, más bien, quien sea el mayor entre vosotros se haga como el más pequeño, y quien gobierna, como el que sirve*”. Es decir, se trata de una situación que, partiendo de una realidad – *no así*– está en camino de ser otra cosa –*sino, más bien*–. Es como si se dijera: sed lo que realmente sois: quien es *mayor* → *pequeño* e *quien gobierna* → *servo*. Detengámonos a examinar estas cuatro palabras que definen las relaciones en la fraternidad: las dos primeras se refieren a las funciones de la autoridad de gobierno de la comunidad, y los otros dos al estar sometidos a la comunidad. Frente a la política de dominio que ejercen reyes *bienhechores*, Jesús propone la estrategia del *servicio*, en la que ya no cuenta ni la función, ni el poder, ni la valía personal, sino el reconocimiento de los demás y la renuncia a los propios derechos. No es difícil darse cuenta del alcance “*revolucionario*” de semejante disponibilidad incondicional para el servicio, que, por gracia de Dios, distingue al grupo de los discípulos. La fuente de semejante actitud hay que buscarla en la de Jesús, en el acto de entregarse a los hombres, expresado poco antes en la Eucaristía.

c) *El modelo de la relación: el siervo.*

Las palabras que siguen a la metáfora, en paralelo con el evangelio de Juan después del lavatorio de los pies ([Jn 13, 12-17], ex-

presan el modelo de discípulo respecto a la fraternidad: el *siervo*, que en el texto griego es llamado *diácono*. Esta imagen nos lleva al centro del misterio de Cristo, siervo, a la vez, del Padre y de los hermanos. El evangelista Lucas nos conduce, pues, al gran icono del *mandamiento nuevo* expresado por Cristo a los pies de los discípulos en el acto de lavárselos. Esa es la clave de la existencia cristiana y de la fraternidad evangélica. Al contrario que el “mundo”, que deforma las relaciones entre hermanos con la búsqueda de éxito y de dominio, el discípulo de Cristo es un hombre que tiende plenamente al don de sí mismo en el servicio humilde a los hermanos, y que en toda ocasión se considera y se comporta como un servidor de los demás.

Eso es, en resumen, lo que Francisco de Asís quiso expresar, cuando dio a la fraternidad el nombre de Hermanos Menores⁷.

“Yo estoy entre vosotros como el que sirve”; he ahí, por tanto, la imagen evangélica en la que hay que leer las relaciones fraternas en la comunidad: el Cristo siervo, el que “se humilla a sí mismo..., haciéndose obediente”⁸. De ese modo se relacionan con el *siervo* dos dimensiones imprescindibles desde la fraternidad: la *pobreza* y la *obediencia*, las dos coordenadas del misterio de la Encarnación del Verbo de Dios, que se “despojó de sí mismo, asumiendo la condición de siervo”.

El servidor de Dios y de los hermanos: las Admoniciones

3. Con la imagen evangélica del *servo* quisiera proponer la lectura de un segundo texto que nos ayude a comprender mejor sus características, un texto entresacado de las *Admoniciones* de San Francisco⁹. Desde distintas perspectivas y con gran realismo, Francisco presenta en ellas las características del hermano menor y de la fraternidad franciscana. Naturalmente no podemos leer aquí las 28 Admoniciones de las Fuentes Franciscanas, pero es

⁷ Cf. Rnb V, 9-13.

⁸ Cf. Fil 2, 6-11.

⁹ Cf. FF 141-178.

bueno tener presente que su género literario es del tipo de *reportationes de dicta o verba*, y se caracterizan, por tanto, como tales. Por eso son dichos sapienciales breves y simples, recogidos o escritos por los mismos destinatarios bajo forma de transcripciones, pronunciados para exhortación y formación de los hermanos¹⁰. Entre las *Admoniciones* se pueden distinguir algunas encabezadas por una cita bíblica, y otras que giran en torno a algunos conceptos de la Escritura. Este modo de proceder es *semejante a los Apophtegmata Patrum*. Sólo que, si a éstos podemos definirlos como una “guía práctica para la experiencia de Dios en el desierto”, las *Admoniciones* son, en cambio, una “guía práctica para la experiencia de Dios en la fraternidad”¹¹. De hecho, la fraternidad es para Francisco el lugar de encuentro con Dios, y las *Admoniciones* son la *carta magna* de la vida fraterna, que se funda sobre la base de una vida llevada a la máxima pobreza, con una constante referencia a Cristo¹². Dentro de esta ley fundamental, Francisco traza con muchos rasgos individuales su imagen ideal del hombre cristiano, del *servus Dei*, del *frater minor*¹³.

La trama que unifica y sirve de fondo al conjunto de las *Admoniciones* es la *kénosis*, el “vaciamiento” de Cristo, el ser Siervo, su pobreza redentora y, por consiguiente, “*ser criatura nueva*” [Gal 6, 15]. Sólo desde esta dimensión se pueden echar los cimientos de una verdadera fraternidad evangélica.

Admonición V

Hombre, considera en cuán grande excelencia te ha puesto el Señor Dios, pues te creó y formó a imagen de su querido Hijo según el cuerpo y a semejanza suya según el espíritu (cf. Gén 1,26). Y todas las criaturas que están bajo el cielo sirven, conocen y obedecen, a su manera, a su Creador mejor que tú. Y ni los mismos demonios no lo crucificaron, sino que fuiste tú con ellos, y aún lo crucificas al deleitarte en vicios y pecados.

¹⁰ Cf. Grado G. Merlo, *Ammonizioni*, in *Francesco d'Assisi, Scritti*, Padua 2002, pp. 441-445.

¹¹ F. P. Messa-L. Profili, *Il Cantico della fraternità*, Assisi, 2003, pp. 17-18.

¹² C. Paolazzi, *Lettura degli Scritti di Francesco d'Assisi*, Milán 1987, p. 113

¹³ Cf. K. Esser, *Gli Scritti di S. Francesco d'Assisi*, Padova 1982, pp. 83-149.

¿De qué, pues, puedes gloriarte? Pues, aunque fueses tan agudo y sabio que tuvieses toda la ciencia (cf. 1Cor 13,1-4) y supieses interpretar toda clase de lenguas (cf. 1Cor 12,28) y escudriñar agudamente las cosas celestiales, no puedes gloriarte de nada de eso; pues un solo demonio sabía de las cosas celestiales y sabe ahora de las terrenas más que todos los hombres, aunque hubiese alguno que recibiera del Señor un conocimiento especial de la suma sabiduría.

Asimismo, aunque fueses el más hermoso y rico de todos y aunque hicieses tales maravillas que pusieses en fuga a los demonios, todo eso te es perjudicial, y nada te pertenece y de nada de eso puedes gloriarte.

En esto nos podemos gloriarnos: en nuestras enfermedades (cf. 2Cor 12,5) y en cargar diariamente la santa cruz de nuestro Señor Jesucristo.

Este texto, en apariencia, no habla de fraternidad, sino que se dirige al individuo y a su experiencia de vida y de fe; pero, a través de una serie de reflexiones, lleva a cada hermano a mirarse en la luz de Cristo y a vivir el *mandamiento nuevo* con una sabiduría que brota de la cruz de Cristo.

Como en el texto de S. Lucas, aquí también podemos distinguir tres aspectos, resultado de una lectura atenta de lo que Francisco nos propone:

a) *la visión del hombre*: vv. 1-4

b) *la raíz del pecado*: vv. 5-7

c) *la gloria del hombre*: v. 8

a) *La visión del hombre.*

Comienza el texto con una invitación a mirarse a la luz de Dios: *“considera”*. Somos obra de Dios y este es el sentido de nuestra vida: dirigiendo la mirada a nuestra humanidad, Francisco nos lanza a repasar las primeras páginas de la Biblia: Dios nos ha creado y formado *“a imagen de su querido Hijo según el cuerpo”*, y añade: *“y a semejanza suya según el espíritu”*. Lo que Francisco propone en estas líneas es una nueva visión del hombre, una dimensión que nos lleva a mirarnos siempre, cada día, con esta mirada positiva. Mi cuerpo de ahora reproduce el cuerpo de Cristo, mi espíritu está hecho a *semejanza suya*. Dios nos ha dado esta *“gran excelencia”* que ilumina mi vida y cada relación con los hermanos.

Esta dignidad perdura incluso cuando yo caigo en el pecado – sigue diciendo en la Admonición–; y para expresar la grandeza de la humildad el Santo usa una expresiva imagen, presentándonos la armonía de las criaturas que “*sirven, conocen y obedecen, a su manera, a su Creador*”. Toda la creación sabe lo que tiene que hacer y realiza su servicio con obediencia y sumisión al Creador, “*mejor que tú*”. El único ser dotado de inteligencia y sabiduría es el hombre, el único también capaz de no escuchar la voz del Señor, e incluso de crucificarlo “*al deleitarte en vicios y pecados*”. El texto resalta la responsabilidad de cada uno de nosotros. Tres son las características que definen el rechazo del hombre a verse y a vivir a la luz de Dios: *los vicios, los pecados y el deleitarse*. En los Escritos de Francisco encontramos a menudo el binomio *vicios-pecados*, pero son dos palabras distintas, porque “*vicios*” se refiere a las malas inclinaciones, las pasiones egoístas y los impulsos que hay en nosotros y sobre los que no tenemos un completo dominio, mientras que “*pecados*” quiere decir que hay acciones concretas y deseadas que, al cometerlas, desfiguran la imagen de Dios, que somos nosotros, al tiempo que arruinan la relación con Dios y con los hermanos. El verbo “*deleitarse*” es lo que define el sentir placer en la satisfacción inmediata de las propias inclinaciones, buscando una liberación y una realización personal. Por eso, en las palabras de Francisco, estas expresiones significan replegarse en sí mismo con la ilusión de ser autosuficientes, de auto-realizarse al margen de la comunión con Dios y con los hermanos. Y Francisco, llegado a este punto, nos deja con una pregunta: “*¿De qué, pues, puedes gloriarte?*”

b) *La raíz del pecado.*

Pero, en realidad, ¿qué es lo que nos hace entrar en la dinámica de la búsqueda de uno mismo y, por consiguiente, del pecado? Francisco se manifiesta aquí como un profundo conocedor del espíritu humano: sin el Amor de Dios en el hombre, “*sin la caridad*” [cf. 1Cor 13, 1ss.] no hay nada en el hombre, de nada sirven ni siquiera los dones más sublimes. Luego pasa lista a las distintas manifestaciones del saber: la *inteligencia*, que aquí tiene el signi-

ficado de “*sutileza espiritual*” (texto latino: *ese subtilis*); la *sabiduría*, como experiencia de vida; la *ciencia*, como variedad de conocimientos. A éstas, Francisco añade también los dones espirituales: la *interpretación de lenguas* y la *capacidad de escudriñar agudamente* (subtiliter) *las cosas celestiales*, es decir, la penetración teológica y la comprensión de los misterios. “*no puedes gloriarte –dice el texto de nada de eso*”, como tampoco de la *hermosura*, de la *riqueza* ni de todas las facultades extraordinarias, como la de hacer “*tales maravillas que pusieses en fuga a los demonios*”, y añade, con una expresión bastante enérgica: “*todo eso te es perjudicial, y nada te pertenece*”. Francisco toca aquí, con gran agudeza de penetración, las raíces del pecado: dejar de aceptarse como obra de Dios y apropiarse de todos los dones de él recibidos.

c) *La gloria del hombre.*

Así llegamos a la respuesta a la pregunta que quedó en el aire: “*podemos gloriarnos de nuestras enfermedades*”. La única realidad propia del hombre es la de ser una criatura limitada, frágil, mortal, dependiente de su Creador; gloriarse de esto es reconocer la propia pobreza y, por tanto, ser agradecidos por lo que Dios nos da y estar abiertos al *don de los hermanos*, manifestación concreta de la presencia del Señor. Por lo demás, el motivo para gloriarse hay que buscarlo en el seguimiento de Cristo crucificado: “*cargar diariamente la santa cruz de nuestro Señor Jesucristo*”.

Fraternidad evangélica

4. Si ahora comparamos lo que ha dicho el Evangelio y lo que destaca la quinta *Admonición*, tenemos una representación de la fraternidad evangélica a partir de las dinámicas individuales, hasta llevar a las comunes que no sólo caracterizan nuestro vivir *ad intra*, sino que trazan nuestro ser anuncio del Evangelio en la misión.

a) En el texto evangélico hemos examinado el contexto de la *discusión* entre los discípulos en la mesa eucarística con Jesús; el

conflicto objeto de su *pelea* es establecer *quién es el mayor*; es una auténtica discusión que no tiene en cuenta ni siquiera lo que está ocurriendo en ese momento: la entrega eucarístico de Jesús. El motivo de este deseo de sobresalir los unos sobre los otros podemos leerlo en la visión distorsionada que se tiene de Dios, de sí mismos y de los otros. El texto de la Admonición de Francisco es revelador: ¿cuál es la *visión del hombre* que subyace en las relaciones fraternas? ¿Cuáles son los signos concretos con que miramos al hermano como *don*, por ser *imagen de Cristo*? No es una pregunta retórica insignificante, sino buscar el sentido de nuestro vivir en comunidad. Nunca lograremos acoger al otro, si no lo miramos a la luz de Dios; de lo contrario, cualquier palabra, cualquier gesto serán malinterpretados, aún antes de expresarlos. Y en nuestras fraternidades tal vez nos cueste dialogar y reunirnos porque no tenemos una *mirada pura* sobre el otro. Francisco parece decir que la causa de esta dificultad para comunicarse hay que buscarla en el creerse mejores que nadie, en el *arrogarse* los dones recibidos y en el utilizarlos como motivos para ser *más grandes* que los demás hermanos; y, sobre todo, en el creerse víctimas de injusticias si estos dones no se reconocen ni se aprecian. Con las palabras de la Admonición V podemos decir que dejamos salir nuestros *vicios*, guiados por ellos, no logramos dialogar con los hermanos y, mucho menos, no conseguimos tener una visión positiva del hombre, del hermano que tenemos delante. El replegarse en sí mismo y la búsqueda de la propia independencia y autonomía son el fruto de este afán de dominio.

b) La *Admonición* sugiere un camino de discernimiento que nos lleve a descubrir las raíces del pecado: se trata de entrar en nosotros mismos y descubrir que somos frágiles criaturas, inclinadas al mal, si no hacemos sitio al amor de Dios, derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado" [Rm 5, 5]. Ese amor es el que nos permite reconocer nuestro límite y la alegría del don del hermano, como un don aún mayor que mis capacidades: "*inteligente y sabio..., toda la ciencia..., interpretar todas las lenguas y escudriñar agudamente las cosas celestiales... más her-*

moso y rico de todos y aunque hicieses tales maravillas que pusieses en fuga a los demonios...". Esta es una lista que recoge todas nuestras excusas, incluso las más camufladas de espiritualidad, una lista que expresa muy bien nuestros deseos ocultos de ser reconocidos por la fraternidad como "reyes y bienhechores" de todos.

c) "Yo estoy entre vosotros como el que sirve". Estas palabras de Jesús nos ofrecen la perspectiva de un camino concreto de conversión personal y de fraternidad. Francisco sugiere la modalidad de este "servicio" de Jesús, cargando "cada día la santa cruz". Pero "cruz" no es la injusticia que nos hacen los demás; definiéndola con otras palabras podemos decir que "cruz" es seguimiento, evangelio, eucaristía, entrega de sí mismo, sumisión, escuchar al hermano, compartir, pobreza, misión. El servicio, pues, es identificarse con Cristo pobre y crucificado, siervo a los pies de cada hombre. La fraternidad evangélica tiene ante el mundo el mandato de este testimonio: es icono de Cristo pobre y obediente.

La lectura del texto evangélico y su comparación con la *Admonición V* nos han permitido captar las líneas esenciales del ser fraternidades evangélicas mediante el vuelco de aquellos valores que no podemos decir que pertenecen solamente al "mundo", porque tenemos que admitir, con un discernimiento personal sincero, que habitan en nosotros y que se nos presentan siempre vivos y cautivadores en las diferentes situaciones de la vida. Pero es bueno que recordemos que la fraternidad no es para Francisco el fruto de un esfuerzo ascético personal de lucha contra estas "malas intenciones" que salen de lo profundo de nosotros¹⁴. Para el Seráfico Padre la fraternidad es posible por la Paternidad de Dios, de la que el Hijo, Cristo, es el revelador. En el comienzo de su experiencia está la iluminación fundamental, que le permite leer cada cosa de una manera nueva: la gratuidad del amor de Dios. Esto le cambia todo, y todo tiene un significado diferente, una nueva motivación; Francisco es el hombre fraterno porque intuye que todo tiene un origen común: el amor del Padre, *altísimo, om-*

¹⁴ Cf. Mc 7, 20-23.

*nipotente y buen Señor*¹⁵. La fraternidad evangélica es, pues, don de amor al Padre en Cristo Jesús, vivida gracias a la presencia del Espíritu Santo “y a su santa actuación”¹⁶. Eso no significa, por supuesto, que nosotros estemos exentos de cualquier compromiso; el texto evangélico y el fragmento franciscano nos han dado orientaciones claras que no hay que minusvalorar en a nuestro camino personal y de fraternidad.

Por eso quiero recordar aquí algunos rasgos de la fraternidad evangélica, para que pueda ser el *lugar-signo de la novedad de vida en Cristo*:

- Ser hermanos no depende de una elección, como sucede con los amigos; no es una elección, sino una acogida, requiere el reconocimiento y la acogida del otro como hermano. Eso significa que la experiencia de la fraternidad no entra en el ámbito de lo que yo pudo realizar con mi voluntad, con el esfuerzo de mis manos o con la fantasía de mi inteligencia, sino que tiene siempre la dimensión de don que me precede y, por tanto, también la dinámica de una vocación que me llama y me interpela personalmente. Recordemos: “*El Señor me dio hermanos*”; ese es el rasgo característico de nuestra Orden, una fraternidad donada.
- En la fraternidad está también inscrito el tema de la reciprocidad, la cual, sin embargo, en la Biblia (que tiene una visión nada ideal de la fraternidad; su visión es, por el contrario, muy desencantada) aparece siempre débil, fácilmente descuidada, por ser el ámbito donde se manifiestan la alteridad y la diferencia. La fraternidad se ve a menudo como el lugar más expuesto al estallido del conflicto o, cuando menos, de las dificultades. En cualquier modo, la acogida del hermano pasa siempre por el reconocimiento de su diversidad.
- Otra característica de la fraternidad es la esfera de pertenencia; hay un “dentro” y un “fuera”: el dentro de la fraternidad crea siempre intimidad, sentido de pertenencia, profundidad en las

¹⁵ Cant.

¹⁶ Cf. Rb X, 8: FF 104.

relaciones indispensables para la maduración de la persona, y donde la caridad no es una realidad abstracta y desencarnada, sino que se hace concreta y personalizada, lugar donde el amor se hace palabra, mirada, aceptación, gratuidad¹⁷.

- Una última característica típica de la experiencia de fraternidad es que a través de ella el otro me transforma en una nueva identidad. En el momento en que llamo “hermano” al otro, incluso me doy a mí mismo un nombre nuevo, precisamente el de hermano. Reconocer que se tiene un hermano quiere decir entrar en un nuevo conocimiento de sí mismos.

Acogida, reciprocidad, pertenencia, identidad: son cuatro palabras que tejen nuestra vida fraterna evangélica, que excluyen toda posible expresión de poder y de “grandeza”, y requieren, por el contrario, la actitud evangélica del *más pequeño* y del *siervo/diácono*, de la *obediencia* y de la *pobreza*.

Es la cuestión del clima donde vivir las relaciones, donde verificar los propósitos y deseos, donde desempeñar los compromisos, donde crecer sanos. Si en la experiencia del amor de Dios y del prójimo confluye toda obra buena, entonces la puerta que lleva más directamente a dicha experiencia en la vida diaria concreta no es sino la obediencia mutua, como también sugieren los Padres: “*En todas las Escrituras yo no veo que Dios tenga otra voluntad acerca del hombre, sino que se humille en todo ante su prójimo, que renuncie en todo a su voluntad, que suplique su auxilio sin cesar y guarde sus ojos del sueño del olvido*”¹⁸. No es que sea fácil, pero resulta profundamente verdadero. Cuando pedimos en el Padre Nuestro que se haga la voluntad de Dios, pedimos ante todo experimentar el amor benevolente del Padre para con nosotros, experimentar el amor de salvación que Dios siente por los hombres, que se expresa en la gracia de la fraternidad realizada. Sin esto no se puede vivir con alegría, no se podrá practicar con gozo

¹⁷ No hay más que leer algunas páginas de las fuentes biográficas, donde se describen las fraternidades de los orígenes; por ejemplo, 1Cel 39-40.

¹⁸ Isaías de Escete.

mandamiento alguno, ni gustar el reino de Dios. Cada hermano comparte la responsabilidad por la vida y el clima de la fraternidad. La base es la confianza que tendremos que tener el uno con el otro. Seamos libres y responsables.

Querer *ser grandes* siguiendo al Señor lleva consigo el deber de servir. Servir quiere decir cumplir con los hombres aquella "*voluntad de benevolencia*" del Padre que se realiza perfectamente en Jesús. Cumplir la *voluntad de benevolencia*: hacer resplandecer como sea, en cualquier condición, aquel amor de Dios por los hombres en el que reside la dignidad y libertad de ellos. Se trata de realizar una grandeza que sepa liberar la dignidad de los hombres, revelándoles que no sólo son objeto de amor, sino sujetos de amor. El servir ofrece también esta redención: libera la dignidad de los hombres y hace brillar la presencia del Señor. Y si no conduce a eso, quiere decir que el servicio realizado es aún demasiado humano, generosidad sentimental o deseo de autoafirmación.

Demasiado a menudo tendemos a considerar estas reflexiones como algo abstracto, desarraigado de la trascendencia de la vida y, debido a eso, nos sentimos autorizados a descuidar nuestro compromiso evangélico. La celebración del Centenario se vuelve entonces una verdadera ocasión de gracia para recuperar en la praxis diaria un compromiso de vida auténtico, que transformará profundamente todo aspecto de nuestra vida, por dentro y por fuera. No nos asiste el derecho de tener una fraternidad evangélica, pero tenemos el deber de pedir la gracia de hacer todo lo que depende de nosotros para que la fraternidad pueda llegar a ser *lugar-signo de la novedad de Cristo*.

La misión apostólica basada en el Evangelio

5. En el Capítulo general que hemos celebrado este año hemos manifestado que *la expresión “Formación para la Misión” puede resumir y expresar –en este tiempo de gracia que la bondad del Señor nos concede vivir– la posible prioridad de la Orden para este sexenio (hasta 1213)*¹⁹. Por tanto, quiero llamar la atención de todos sobre esta prioridad en esta Carta que nos acompañará en el camino de la tercera etapa hacia la celebración del Centenario.

La reflexión sobre la fraternidad, que ocupa la primera parte de la Carta, ha puesto la base para la *formación para la misión*, sin la cual resultaría vano cualquier testimonio misionero: *Sabemos que nuestra misión tiene una raíz trinitaria, que brota de la única misión del Hijo de Dios, Jesucristo, enviado del Padre. En la raíz de los signos de los tiempos, el acercamiento franciscano a la misión en cualquier cultura y situación de vida consiste hoy, además que en el anuncio, en el testimonio de una genuina vida fraterna de minoridad y de servicio en la Iglesia local y en la Orden*²⁰.

El riesgo más frecuente en el que caemos al hablar de misión es el de tratar de definirla con relación a lo que se hace o en su actividad concreta, como si todo se agotara en una “cantidad” de cosas hechas o de “conversiones” realizadas. Para Francisco no es así: él no describe las actividades de los hermanos, o los servicios que prestan, sino su manera de vivir. En la Regla bulada leemos, efectivamente: *“Aconsejo, amonesto y exhorto en el Señor Jesucristo a mis hermanos que, cuando van por el mundo, no litiguen ni contienda de palabra ni juzguen a otros; sino sean apacibles, pacíficos y mesurados, mansos y humildes, hablando a todos decorosamente, como conviene.”*²¹.

Esta exhortación se complementa con la de la Regla no bulada: *“Y los hermanos que van [entre sarracenos u otros infieles], pueden*

¹⁹ Cf. Capítulo general 2007, *“Formar para la Misión” – Elementos para un proyecto sexenal para la Orden.*

²⁰ Ib.

²¹ Rb III.

comportarse entre ellos espiritualmente de dos modos: uno, que no promuevan disputas y controversias, sino que se sometan a toda criatura por Dios y confiesen que son cristianos; otro, que cuando les parezca que agrada al Señor anuncien la palabra de Dios, para que crean en Dios omnipotente, Padre, e Hijo, y Espíritu Santo, creador de todas las cosas, y en el Hijo, redentor y salvador, y para que se bauticen y hagan cristianos, porque, a menos que uno renazca del agua y el Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios."²². Se contienen aquí las características del *hermano menor en misión*: un hombre fraterno y universal, dispuesto a la benevolencia, que se impone, dispuesto para el servicio, constructor de paz. Se completa el cuadro con la indicación del modo cómo el hermano menor *va por el mundo: comportarse espiritualmente –dice– de dos modos*". El primero es el estilo de vida según el modelo de las bienaventuranzas; el segundo *modo* es el anuncio público del Evangelio, que se realiza *cuando les parezca que agrada al Señor*. En las palabras de Francisco está la afirmación de que la vida misma del misionero es la Palabra viva del Reino. No se trata de proclamar que el Reino de Dios está cerca, sino que, mediante la presencia de los hermanos, ya está *en medio de nosotros*, y es la fraternidad evangélica la que se convierte en su signo concreto y eficaz, que confirma el testimonio. Entonces, ¿qué es la misión para Francisco y para los hermanos menores? Es abrir el corazón del hombre al don de Dios, al Espíritu del Señor; e rechazo de todo poder; es proclamación de Dios que se encarna para hacerse compañero de todo hombre llagado por el sufrimiento²³. La misión de los Hermanos consiste, entonces, en la proclamación del misterio de Dios, de su amor todopoderoso y de todo lo que el descubrimiento de esta realidad realiza en la vida de aquellos que lo acogen: escucha y conservación de la Palabra, conformidad con el Evangelio y constante fidelidad, proclamación hecha fundamentalmente con la vida, acompañada y explicada con la palabra. El corazón de la misión es eso; todo lo demás,

²² Rnb XVI, 5-7: FF 43.

²³ Cf. Misal Romano, Prefacio ordinario VIII.

las estructuras, las diferentes iniciativas, están al servicio de ese mensaje.

La intuición misionera de Francisco, basada en el respeto y dignidad de las personas, de las culturas, de las tradiciones, nos anima a atrevernos cada vez más con nuevas iniciativas, conforme a las necesidades de nuestro tiempo de hoy. Tenemos que tener presente lo que los hermanos reunidos en el Congreso Internacional Misionero de la India, de enero de 2006, nos han señalado, leyendo la historia actual. *“El mundo en que vivimos muchos de nosotros está caracterizado por el fenómeno del secularismo, la indiferencia y, sobre todo, la globalización. Todo eso produce muchas veces una profunda crisis de valores humanos, religiosos, sociales y culturales. Crea además un deterioro de la situación económica, que aumenta la pobreza, la injusticia, la exclusión de muchos del uso de los bienes, y el flujo migratorio a Occidente y a las grandes ciudades. Estos fenómenos aceleran los procesos de internacionalidad y pluralidad cultural, los cuales, sin embargo, no van casi nunca acompañados de un verdadero diálogo intercultural. Son situaciones que interpelan a la Iglesia y a la vida religiosa y, por tanto, también a nuestra Orden, y nos exigen un cambio en nuestro ‘estar en misión’”*²⁴.

De todo esto deriva, en concreto, que se hagan opciones y se establezcan algunas prioridades, para que se cuide la “formación para la misión”, tanto en el aspecto personal de cada hermano, como en el de la fraternidad de la Orden.

Me parece oportuno traer aquí algunos aspectos que son fundamentales para conseguir una mejor formación para la misión:

- Una mayor *armonía entre vida de oración y vida apostólica*; sin olvidar que la fuente de nuestra misión es el encuentro diario y prolongado con el Señor Dios.
- *Vivir la experiencia de la, misión como fraternidad* y cuidar con ánimo renovado la formación del “hermano”, con la finalidad

²⁴ Carta a todos los hermanos e la Orden, “No podemos callar lo que hemos visto y oído”, Congreso Internacional Misionero OFMConv. Kerala (India), 21 de enero de 2006.

de una mejor comprensión de su identidad y situación en la vida fraterna.

- Educarse para un *uso responsable, sano y pobre de los medios de comunicación* (internet y otros medios en general).
- Prepararse para una mayor sensibilidad misionera, *una misión que refleje mejor un estilo de vida franciscano*, dando importancia a lugares y formas ligadas a nuestra espiritualidad, tradición y cultura²⁵.
- **Liturgia.** La oración litúrgica de las Horas, la celebración de la Eucaristía, la Lectio divina, la oración personal y la contemplación forman parte de aquel aspecto fundamental de nuestra vida evangélica: la relación con el Padre *altísimo, omnipotente y buen Señor*. Vivir con pasión y autenticidad este aspecto de nuestra vida franciscana es misión. O sería bueno que cada fraternidad se preocupe de tener una liturgia participada y común y establezca tiempos y lugares de oración, para llegar a ser anuncio profético de vida realmente evangélica, mediante el signo de una comunidad reunida en el nombre de Cristo.
- **Justicia, paz, salvaguardia de la creación, ecumenismo y diálogo interreligioso.** Afirmar estos valores con nuestra vida es expresión de un discernimiento que nace, como para Francisco, de una lectura evangélica de la creación, del mundo y de la historia. *“La justicia franciscana es experimental, vivida, antes que predicada. El Espíritu promueve en el mundo la construcción de una sociedad justa, a la que todos tienen derecho como hijos de un mismo Padre”*²⁶.
- **Interculturalidad.** Vivir el carisma franciscano en la economía de la historia y de la Iglesia, quiere decir afirmar una cultura concreta que tiene el Evangelio como opción fundamental. Nuestra Orden presenta en la actualidad una *variedad cultural* que requiere una novedad de vida en cada hermano y en las re-

²⁵ Cf. Capítulo general 2007, “Educar para la Misión” – Elementos para un proyecto sexenal de la Orden.

²⁶ *Ib.*, pp. 198-199.

laciones fraternas. Para ello es de vital importancia ahondar en el conocimiento de la historia y de la espiritualidad franciscana-conventual, y es fundamental una fidelidad creativa de la fraternidad al único espíritu que anima a la Orden. Este camino, sin duda, requiere tiempo, antes de que se puedan recoger los primeros frutos, pero eso será realidad si nos dejamos implicar, sin pedir a los demás responsabilidades que la vida diaria exige que asumamos nosotros personalmente, en el acontecer diario.

Fraternidad y Misión

Servidores y hermanos de todos.

6. El *siervo* es el modelo que Jesús nos ha dejado para vivir el mandamiento nuevo: *amaos como yo os he amado* [cf. Jn 13, 34]. Siguiendo ese ejemplo estamos llamados a pedir la gracia de que nuestras fraternidades sean auténticamente evangélicas y capaces de una misionariedad apostólica. Pero eso sólo lo podremos realizar cuando seamos cada vez más hombres de oración y “familiares de Dios” [Ef 2, 19]. La intimidad con Cristo empuja a cada hermano y a la fraternidad a la misión, a ser servidores, es decir, hermanos menores.

El verdadero “siervo” es precisamente Jesús, que en la mayor intimidad con el Padre sirve a todos para conquistarlos y llevarlos a esa misma intimidad. La fuerza de su amor deriva de la fuerza de dicha intimidad. Lo mismo vale para nosotros, discípulos y servidores suyos, “servidores sencillamente”, y nada más. Nuestro título de gloria y de honor está precisamente en esto, en no querer ser, ni querer tener otra cosa, sino aquello que el amor del Señor ha querido para nosotros.

Lo que se nos pide es aprender el arte divino del servicio. Se trata de servir nuestra vocación a la humanidad. Como dice también S. Pablo: “somos *siervos vuestros por Jesús*” (2Cor 4,5) y, al mismo tiempo, “*colaboradores de vuestro gozo*” (2Cor 1,24).

Fraternidad y servicio son, pues, las dos coordenadas entre las que hay que situar nuestra vida de hermanos menores, “*que van entre infieles..., sometidos a toda criatura humana por amor a Dios*”.

Por tanto, *la fraternidad es*:

- **Servir como solidaridad**

Ser solidarios con el deseo de Dios hacia los hombres y, al mismo tiempo, con la humanidad, de manera que su amor resplandezca como liberador.

- **Servir como capacidad de contemplar la belleza de los corazones**

Cuando nos ofenden, ¿cómo nos mantendremos en la caridad, si no sentimos que el corazón del otro es precioso y no lo mantenemos junto al nuestro, en su belleza? El instinto nos lleva a apelar a nuestro derecho pisoteado, a la obligación del otro a reparar. Ofrecer el perdón, signo de la benevolencia recuperada, quiere decir mantener la belleza de las criaturas. Obrando de ese modo conservo mi belleza y la belleza del mundo, y salvo la del hermano. Somos los guardianes de nuestros hermanos, los guardianes de su belleza ante Dios.

- **Servir como ocasión de liberar la dignidad de los hombres**

La “alegría del reino” es comprometedora y radical, llega a las oraciones del corazón y alimenta su vida. Los hermanos tienen derecho a nuestra alegría. Pidamos la gracia de no poseer nuestros bienes como si ellos fuesen nuestra alegría, porque, si los perdemos, desaparecería nuestro gozo. Pidamos la gracia de no reivindicar derechos, porque quedaremos aplastados si no nos los reconocen. Pidamos la gracia de no quejarnos de la vida y de vivir en el amor del Señor, que dio su vida por nosotros.

- **Servir como victoria sobre las ilusiones**

Hay un esfuerzo que se acumula y que termina por oprimir; hay un esfuerzo, en cambio, que multiplica el gozo y la “ligereza” de actuar, que renueva las energías y da impulso de vida. Es el esfuerzo de las bienaventuranzas, que mortifican nuestras ilusiones y sueños de exhibición, pero renuevan las fuerzas del corazón y engrandecen la vida. (cf. Is. 40, 27-31).

- **Servir como esperanza compartida**

Si de verdad compartimos y participamos en los sufrimientos de los corazones, los otros podrán sentir realmente que son aceptados y amados, y encontrarán la manera de vivir su vida desde otra perspectiva, con otra energía. Lo esencial es llegar a vivir de manera que los demás sientan, por gracia de Dios, la aceptación y el amor, porque así el mundo será más vivible, la presencia de Dios en el mundo será más visible, y el consuelo mutuo más decisivo para la existencia de cada uno. Todo esto llega a ser verdad compartida cuando el corazón se abre a la sabiduría que viene de arriba.

Una conclusión abierta...

7. Quisiera concluir esta Carta proponiendo tres pistas de actualización, para hacer efectivo lo que hemos meditado juntos, para que no siga siendo algo extraño a nuestra experiencia diaria, lugar cierto de comprobación concreta de nuestros ideales y opciones de vida.

1. *Algunos interrogantes* se necesitan para ayudarnos a comprender los motivos que animan nuestras relaciones fraternas, el servicio y el espíritu misionero: ¿Cuáles son los signos para decir que nos amamos de verdad los unos a los otros? ¿Cuáles son los signos de que estamos dispuestos a ser servidores? ¿Cuáles son los signos de que nuestra fraternidad es auténticamente evangélica y apostólica? ¿Cuáles son los signos de que nos anima a cada uno de nosotros y a nuestras fraternidades un deseo de misión? ¿Cuáles son los signos de que somos significativos para las comunidades cristianas en las que vivimos?
2. *Algunas iniciativas*. En el campo de la formación es fundamental que se ayude a cada fraile en particular “*para una sensibilidad misionera, tanto para el ministerio local como para compromisos ad gentes – implantatio ordinis*”. Se procure, ade-

más, que la formación esté “mejor cuidada y sea más sólida, para un testimonio y una misión significativas y eficaces, en la diversidad de iglesias locales”²⁷. Conviene tener presente el compromiso prioritario de la “vida de unión con Dios, poniendo especial atención en la Lectio Divina como valor formativo franciscano”, y “llegar a un compromiso renovado en la diaconía de la misión, a ejemplo de S. Francisco”²⁸. En el documento programático para el Centenario Franciscano se propone la iniciativa de celebrar un “Capítulo de las esteras” en cada circunscripción o en cada Conferencia, “para verificar y volver a programar la fraternidad”²⁹.

3. **Un signo** que manifieste en esta tercera etapa del proyecto celebrativo del Centenario el deseo de recuperar nuestros orígenes, para poner por obra en el contexto actual todo lo que el Señor nos ha revelado en Francisco de Asís, y en todo lo que nos pide, como Orden y personalmente, para ser testigos eficaces, servidores de todos, hermanos en Cristo Jesús. Y, a la conclusión del “Capítulo de las Esteras” se haga entrega del texto de las *Admoniciones*.

Termino con las palabras que Francisco mismo ha dejado a toda la Orden³⁰:

En el nombre de la suma Trinidad y santa unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

A todos los reverendos y muy amados hermanos...,

y a todos los ministros generales..., y a todos los ministros y custodios y sacerdotes de la misma fraternidad, humildes en Cristo,

y a todos los hermanos simples y obedientes,

a los primeros y a los más recientes...

²⁷ Cf. Capítulo general 2007, “Formar para la Misión” – Elementos para un proyecto sexenal de la Orden.

²⁸ Ib.

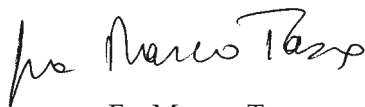
²⁹ Cf. Orden de los Hermanos Menores Conventuales, *Seguir a Cristo con Francisco, hoy* – Itinerario para vivir en comunión fraterna el centenario de los orígenes del carisma franciscano (2005-2009), Roma 2005.

³⁰ CtOrd. 1-3.6-11.

*Escuchad, hijos y hermanos míos, y prestad oído a mis palabras.
Inclinad el oído de vuestro corazón y obedeced a la voz del Hijo de Dios.
Guardad en todo vuestro corazón sus mandatos
y cumplid perfectamente sus consejos.
Proclamadlo, porque es bueno, y exaltadlo con vuestras obras,
pues para eso os envió a todo el mundo,
para que, de palabra y de obra, deis testimonio de su voz
y deis a conocer a todos que no hay nadie todopoderoso, más que él.
Perseverad en la disciplina y santa obediencia
y cumplid con propósito bueno y firme lo que habéis prometido.*

*Roma, Ss. Apostoli, 29 de noviembre de 2007
Fiesta de Todos los Santos de la Orden Seráfica*

Vuestro hermano

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Fr. Marco Tasca'. The signature is fluid and cursive, with a large initial 'M'.

FR. MARCO TASCA
Ministro General

